



Máximo Paz. 2005

El enviado

Por Facundo Toscanini.

Crónica de la vida del Padre Juan Ríos que muy lejos estuvo, y está, de los ideales por los cuales murieron los Curas Palotinos. No sólo eso, sino que fue cómplice de la matanza perpetrada por los negros años de la dictadura.

Las historias de estos arrabales se multiplican y se entrelazan con la historia grande del país. Historias que, en muchos casos, hablan de lucha y de dignidad de los pueblos y que en otros casos se refieren a injusticias, a complicidades con el poder de turno, a silencios y a olvidos. Historias que no han sido contadas y de las que poco se habla. Historias que ocurrieron y que es necesario contarlas.

El sacerdote Juan Ríos llegó a Máximo Paz en la primavera de 1978. La dictadura de Videla y Massera hacía estragos en el país: represión indiscriminada, tortura aniquilamiento, desaparición, robo de niños y de bienes. La Iglesia Católica Argentina no estaba ajena a este proceso. De hecho, curas como Juan Ríos representan la justificación y el silencio de aquellos años.

“Fue una guerra, un período realmente histórico. La insurrección armada era violenta y mataba. Las Fuerzas Armadas cumplieron un papel heroico en salvar al país de la guerrilla marxista”, sentencia Ríos al referirse al período 1976-1983.

Comienzos

Proveniente de una familia muy católica, el joven *Juancito* ingresó al seminario a los 18 años. “Yo tuve la inclinación hacia el sacerdocio desde muy joven. A los 12 años quise ingresar al seminario pero mi papá no me dejó”, recuerda Ríos.

Durante sus primeros años en el seminario estudió filosofía y se encontraba muy allegado a los más necesitados. Finalizaban los 60' y la Iglesia vivía aires de cambio y revolución: el Concilio Vaticano II marcó y dividió a la iglesia católica del siglo XX. “Yo había hecho una opción pastoral de un compromiso con la gente que no estaba de acuerdo con la jerarquía de aquella época. Participaba de reuniones con los sacerdotes que habían hecho la opción para el Tercer Mundo incluso fui amigos de muchos curas que renunciaban a sus ministerios y se iban a vivir a las villas”.

Ese Juan Ríos de fines de los años sesenta no se parecía en nada a este que actualmente es párroco y representante legal del colegio Santa Teresita del Niño Jesús en la ciudad de Rosario. Algo debería haber ocurrido en el camino para cambiar su

postura. Ese algo fue un viaje al Vaticano en 1972. Se trataba de una beca que se la otorgó el obispo de Venado Tuerto, Monseñor Pichi. Allí estudio teología en el Colegio Pontificio Latinoamericano de Roma y más tarde, en 1975, se ordena como sacerdote y vuelve a Venado Tuerto donde permanecerá hasta 1978.

La llegada

“Un domingo yo terminaba de dar misa en Venado Tuerto y me dice el obispo: ‘Juancito murió Bértolo’, y yo le digo: “Y ahora monseñor a quién va a mandar”, recuerda el cura.

Ríos iba todas las tardes a tomar un café al obispado, pero al ver que la espera para cubrir la vacante en Máximo Paz se demoraba, dejó de ir por miedo de que lo designaran a él. Cosa que luego ocurrió. “Yo no me quería ir de Venado Tuerto, estaba muy feliz allí. Mi trabajo era con la juventud, pero bueno tuve que aceptar ir a Máximo Paz”.

Fue una primavera de 1978. Los goles de Kempes ocultaban los gritos de los detenidos que eran salvajemente torturados. En Máximo Paz se vivía una realidad paralela, se desconocía gran parte del terror que impartía el gobierno militar. Además, el pueblo esperaba ansioso la llegada del nuevo párroco, que según comentaban algunos “iba a ser mejor que Bértolo”.

Esta algarabía, mezclada con cierta ingenuidad, llevó a que muchos paceños lo fueran a esperar a modo de caravana en lo que alguna vez se llamó el cruce de “*Catala*”, en la intersección 90 y la que une Bigand con Juncal. Allí fue recibido por el mismísimo presidente comunal de aquellos años, Odilio Raúl “*Chilo*” Brotto.

Juan Ríos no era para nada similar a Bértolo, menos aún desde aquel viaje al Vaticano.

“Cuando llegué a Máximo Paz me encontré con una acogida muy fraterna y cordial, pero sinceramente, más de tres veces lloré. Yo sentí mucho el corte de actividad que venía realizando en Venado Tuerto. Máximo Paz era un pueblito muy chiquito, ya a la tardecita no anda más nadie por la calle”, rememora el sacerdote.

Las armas de la guerrilla

Años duros eran los que se vivían en el país y momentos difíciles comenzaría a producirse en el pueblo. Hechos y actitudes que mostrarían como pensaba en particular ese nuevo cura llegado a un pueblito de sur de Santa Fe, y a la vez, como la misma iglesia era cómplice del horror.

Al poco tiempo de llegado al pueblo, Ríos se sentía muy solo y añoraba sus actividades venadences. Fue allí donde “lo adopto” un grupo de gente del pueblo con los que comía todas las noches en el Bochín Club Paz. “Eso me ayudó mucho y me hizo seguir adelante”.

En esa época Máximo Paz vivía una intensa actividad deportiva e institucional. Los clubes estaban llenos de jóvenes que practicaban básquet y sus comisiones directivas llenas de gente con muchas ideas y ganas de trabajar.

“Los clubes cumplían un papel interesante, lastima las formas que empleaba el Club Social”, dispara Ríos y sigue, “Desde mi llegada siempre hubo una dureza del Social

hacia mi persona. Yo tenía grupos juveniles y ellos los tomaban, se los llevaban al club y les lavaban la cabeza; desde allí los chicos dejaban de venir y de saludarme por la calle. Les metían todas esas ideas guerrilleras, porque ahí en el Social guardaban armas... y como la violencia no es ni evangélica ni cristiana yo no podía permitir esa situación. Yo era el enviado de Dios, era mi obligación combatir esas ideas fuertemente anticlericales”.

Daniel Giraud, presidente del club Social en ese entonces, comenta: “Ocurría todo lo contrario, el club estaba repleto de chicos que practicaba deporte y solo discutíamos de deporte. Es más, al enterarnos de sus comentarios lo invitamos al padre a que concurriera al club, ya que sabíamos que el tenía buen trato con los jóvenes, pero el nunca apareció. Continuó denunciándonos sin ninguna prueba”. Seguramente a Juan Ríos, como muchos de sus pares, le molestaba que los jóvenes se concentraran en un lugar que no fuese la iglesia y denunciaba mentiras donde acusaba a gente inocente.

Finalmente llegó la democracia y Ríos se fue nuevamente a Roma, quizás el sitio más seguro frente al juicio a las Juntas Militares que se avecinaba, en la cual también fueron juzgados algunos curas cómplices del genocidio, entre ellos el cura Christian Von Wernich, ex capellán de la policía bonaerense.

Un presente con mucho de pasado

Al ingresar a su actual oficina en el colegio Santa Teresita del Niño Jesús en la ciudad de Rosario, impactan dos grandes cuadros. Uno con el rostro de monseñor Eduardo Mirás, arzobispo de la ciudad de Rosario, presidente de la Comisión Episcopal Argentina y militante del olvido y el silencio, de quien Juan Ríos se apura a decir “es mi obispo”. El otro retrato es más reciente pero su sola estampa implica toda una posición, se trata del actual Papa Benedicto XVI.

Desde el ventanal, Ríos aprecia “la majestuosa” torre de la ex fábrica militar Domingo Matéu, que a su vez fue centro clandestino de tortura y detención y hoy funciona allí la Jefatura de Policía.

“Yo soy capellán del Ejército desde 1997. El obispo me distinguió por mi trabajo asignándome esa hermosa misión. Soy capellán del batallón de comunicaciones y actualmente del comando del II cuerpo. Me inicié como capellán en la ex fábrica de armas, cuando todavía era obligatorio el servicio militar, dando catequesis”.

El batallón de comunicaciones donde el cura Ríos es capellán es el mismo lugar donde dos de los más sanguinarios torturadores de la dictadura como el militar retirado Daniel Amelong y el ex policía Eduardo “el Tucu” Constanzo, violan el régimen de detención establecido por la Justicia Federal con la complicidad de la unidad militar.

A su vez, Ríos es confeso admirador de monseñor Guillermo Bolatti quien fuera arzobispo de Rosario cuando se desató la represión en Villa Constitución en marzo de 1975, y quien agradecía, mediante una carta fechada el 5 de abril de 1976, a los militares por haber impedido que “los marxistas tomaran el poder”.

“Lo que algunos llaman represión, yo creo que fue necesario. Era una guerra, había que terminar con esas ideas perniciosas que afectaban el intelecto, nuestra manera de ser cristiana y en fin, a nuestro más acervo espiritual sintetizado en Dios, Patria y Hogar”, finaliza Ríos.

Cuántas muertes en nombre de Dios, de la patria o el hogar; cuántos genocidios sufrió nuestro continente en nombre de Dios, cuántas dictaduras, cuántas inquisiciones. Hablamos de un tiempo de silencio y de una mentira oficial que intenta guardar la única verdad, que fue condición para institucionalizar la mentira hasta volverla sentido común.

Por suerte, decimos, la memoria nos permita recuperar estas historias. Historias que sucedieron, historias que intentaron silenciar, historias que hoy volvemos a contar.